

Pórtico: notas introductorias a las violencias

Si algo caracteriza el momento que atravesamos en las ciencias sociales es el de una incomodidad interpretativa frente a los desafíos de la realidad. Las preguntas, las teorías que orientan la mirada, las respuestas, las evidencias empíricas que se acumulan, parecen constituir un pesado *corpus* de documentaciones para el pesimismo que nos devuelven interativamente la imagen de que las cosas no marchan demasiado bien.

Acercarse a ciertas realidades obliga a eludir el cerco que la propia sociedad coloca para proteger las fronteras de temas complejos y candentes. Romper con la comodidad de unas ciencias sociales que tienden a alimentarse de temas “consagrados” y atreverse a proponer miradas, hipótesis, relatos, en los territorios donde reina el sentido común o el silencio, no es una tarea sencilla. Al terminar de leer por segunda vez el libro que hoy el lector tiene en sus manos recordé la oposición que plantea Michel Serres en su libro *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo* (México, Taurus, 2002), cuando señala las diferencias entre Ulises y Orfeo en su modo de acercarse a lugares proscritos y peligrosos. Dice Serres que Ulises se desliza, inmóvil, atado al mástil, con las orejas obturadas con tapones de cera tibia. Franquea, continúa Serres, el obstáculo del ruido, sin emisión ni recepción y anula a las sirenas. Orfeo, por el contrario, se iguala con el estruendo, las orejas abiertas. Ulises pasa en silencio, pero engaña al suprimir todo rumor, peligro o tentación. Orfeo enfrenta el problema.

Frente al método de Ulises, Juan Carlos Ramírez no pasa silencioso para suprimir el rumor o la tentación, ni cierra sus oídos al ensordecedor ruido de unas violencias invisibles.

Ramírez nos ofrece en este libro un acercamiento “incómodo” a un tema ampliamente conversado, sobreexpuesto por la retórica de los medios de comunicación, pero reducido generalmente al lugar común del machismo, de la victimización feme-

nina. La violencia masculina contra la pareja es tema harto propicio para conseguir financiamientos internacionales, taquillero para efectos de “políticas de género” de gobiernos recién estrenados; territorio fértil para entrevistas en medios de comunicación ávidos de temas fuertes.

Contra la tentación redentora y contra la mirada fría y experta, el doctor Ramírez ha optado por un acercamiento multidimensional al tema a través de los intrincados mundos de las formaciones culturales. El autor se ha despojado de las preguntas habituales que producen sus propias respuestas y nos ofrece un acercamiento sin concesiones a estos mundos violentos.

El lector se verá enfrentado —de manera poco habitual— a un mundo sacudido por las contradicciones, donde los verdugos son simultáneamente víctimas de un orden y de un modelo social que los ha confinado a la representación de un rol, de un papel, de una biografía para la que no existen escapatorias al estilo de los libros de autoayuda o de los guiones de Hollywood que proponen al héroe los caminos de vuelta a una “normalidad” reivindicada. El libro de Ramírez obliga a preguntarse por el sentido de la “normalidad” y va deconstruyendo una a una las coartadas en torno a lo que hoy significa construir una identidad de género. Es inevitable experimentar, junto con el autor, el vértigo que produce adentrarse en las aguas profundas de la cultura de la violencia sin el recurso fácil de apelar a las imágenes conocidas o naturalizadas; por el contrario, los protagonistas de este libro son seres que de entrada no se asumen violentos y es ése uno de los principales méritos de esta imprescindible etnografía: reconstruir la trama sutil que vuelve difusos los límites entre lo violento y lo no violento. No hay juicios, no hay diagnósticos, hay una densa y profunda descripción, un fino análisis de los dispositivos a través de los cuales nos producimos como actores sociales.

Desmarcándose de las miradas epidemiológicas sobre la violencia que se regodean en el dato, en la estadística del horror, en la acumulación de ejemplos para documentar la barbarie aguas abajo del Río Bravo y colocar el dedo acusador que se levanta desde algún lugar que quiere situarse más allá de las violencias, que se han convertido en una tendencia dominante en los acercamientos a este tema, Ramírez recurre a dos estrategias que resultan claves para la profundidad que alcanza su trabajo: la ubicación de los hombres con los que *conversa* en su territorio “natural” y el desmantelamiento de la poderosa maquinaria de los universos simbólicos en los que habitan estos sujetos. Espacio social y espacio simbólico, diría Bourdieu, como claves de la organización de la vida social. La articulación de la dinámica de la vida cotidiana en el “barrio” con el estudio de la configuración de las representaciones y narrativas sobre la violencia, otorgan al estudio la posibilidad de situarse en la rela-

ción clave entre las dimensiones objetivas (espacio social) y las dimensiones subjetivas (espacio simbólico) y su mutua co-determinación.

Ramírez incursiona en los territorios de un mundo que se produce y se reproduce con “naturalidad”, que no somete a prueba reflexiva el conjunto de mitos, modelos, emblemas que la sociedad genera para socializar a los hombres y a las mujeres a través de procesos diferenciados. Ser hombre “está cabrón”: la fuerza, la superioridad distanciada, el férreo entrenamiento para participar de esa cofradía llamada “sexo masculino” no se reduce al habitar un mundo de privilegios en los que la violencia “propia” pueda ejercerse porque sí. El autor nos muestra a lo largo de su estudio que se aprende a ser violento como parte constitutiva del ser hombre, que se transita por un “programa de vida” que exige del protagonista una aplicación casi total: se aprende a ser propietario, a pensar siempre desde la primera persona del singular, a desplegar las conductas, frases y pensamientos que se atribuyen al dominador.

A través de este libro podemos constatar que las sutiles formas de dominación no se reducen al control de un territorio, a la exhibición de los galones o estandartes que certifican una cierta superioridad y mucho menos al despliegue de la fuerza física. El autor nos muestra un mundo en el que no es necesario portar uniformes, hacer alarde de la superioridad, porque el universo en el que estas fuerzas silenciosas se expanden requiere apenas la certidumbre de la reproducción social, del gesto cómplice que ratifica la continuidad del mundo conocido, un mundo que se disloca cuando “el dominado” desafía el poder del dominador, o cuando el dominador suspende, aunque sea momentáneamente, las conductas y expresiones que definen su estatus y su rol. Lo que quiero decir con esto es que la violencia masculina contra las mujeres no constituye un problema individual de una subjetividad maltrecha, torcida, sino que se inscribe en la lógica de la dinámica social y para comprenderla hay que situarse, como lo hace Ramírez, en los escenarios donde ella aparece travestida de inocente proceso socializador hasta que estalla con furia roja en medio de la sorpresa hipócrita.

Las violencias ejercidas y autoejercidas cobran una nueva voz en el estudio de Juan Carlos Ramírez, nos obligan a mirar donde no queremos, a romper con la comodidad que proporciona una realidad dicotómica: de un lado el mal, del otro el bien; de un lado los dominadores y de otro las dominadas, criaturas abandonadas a su propio destino. La discusión en torno a la dominación y el uso de este concepto como clave analítica hacen de este libro una contribución fundamental para el desmontaje del sentido común —muchas veces reproducido desde la academia— que asume como constantes históricas y universales tanto la masculinidad como la feminidad. El lector encontrará una fuente importante para entender los procesos de legitimación sobre lo que se considera, socialmente hablando, lo masculino legítimo y, por oposición, lo femenino.

Recuperando lo mejor de la tradición antropológica, pero más allá de las fronteras disciplinarias, el autor discute, dialoga, utiliza, critica otros enfoques y campos de saberes para restituir complejidad a un tema que nos atañe a todos.

Pese a la paulatina conquista de la reflexividad persiste el pensamiento mágico sobre el porqué de las violencias. En la oleada de asesinatos de homosexuales cometidos en México en la segunda mitad de los noventa, en el doloroso e indignante “caso Juárez” que abona al horror frente a la violencia contra las mujeres, el discurso social (y de los medios) sigue favoreciendo la explicación *disciplinante*: los mataron porque eran desviados, pervertidos, drogadictos, anormales, si no hubieran sido homosexuales no hubieran sido asesinados; a ellas las mataron porque eran prostitutas, llevaban doble vida, eran fáciles. Las mujeres buenas están a salvo. La explicación obtura así la significación sociopolítica de los hechos. El pensamiento mágico se defiende, acusando.

Sin embargo, el gradual rechazo y crítica a las violencias masculinas es un saludable síntoma que puede estar indicando el inicio de un proceso cultural en el que la sociedad asuma su responsabilidad. Estoy segura de que el libro de Juan Carlos Ramírez será, en este sentido, una pieza clave para recuperar la historia cultural de un país en busca de otro proyecto social que vuelva inútil la opción por la violencia.

Rossana Reguillo